

Orlando Luis Pardo Lazo

ESPANTADO DE TODO
ME REFUGIO EN TRUMP



De la presente edición, 2019:

- © Orlando Luis Pardo Lazo
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-42-3

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Orlandito, te voy a bajar la luna para que
puedas jugar mejor con ella como pelota.*

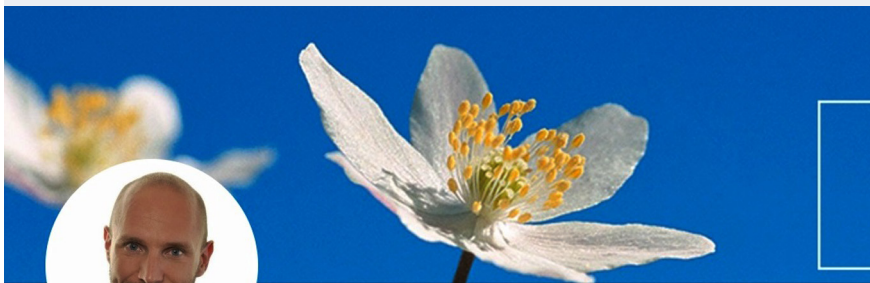
José Lezama Lima.

EL LIBRO DE LOS DOCE



Ana Dopico
@ADopicodeValle

You are blocked from following @ADopicodeValle and viewing @ADopicodeValle's Tweets. [Learn more](#)



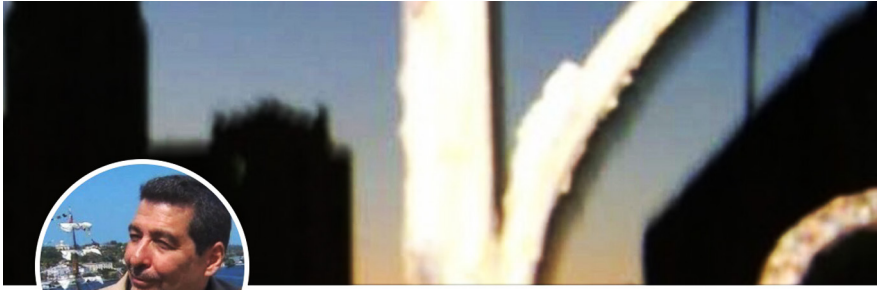
Aron Modig
@aronmodig

You are blocked from following @aronmodig and viewing @aronmodig's Tweets. [Learn more](#)



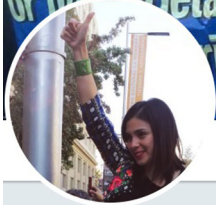
Elaine Díaz
@elainediaz2003

No puedes seguir a @elainediaz2003 ni ver los Tweets de @elainediaz2003 porque te ha bloqueado. [Más información](#)



Iroel Sánchez
@iroelsanchez

You are blocked from following @iroelsanchez and viewing @iroelsanchez's Tweets. [more](#)



Karol Cariola Oliva
@KarolCariola

You are blocked from following @KarolCariola and viewing @KarolCariola's Tweets. [Learn more](#)



regis iglesias
@maverick18mcl

You are blocked from following @maverick18mcl and viewing @maverick18mcl's Tweets. [Learn more](#)



[negracubana](#)

Negracubana
@Negracubana

You are blocked from following @Negracubana and viewing @Negracubana's Tweets.
[more](#)



OrlandoLuisPardoLazo
@OLPL

No puedes seguir a @OLPL ni ver los Tweets de @OLPL
[información](#)



XXX ANIVERSARIO

MCL
@oswaldopaya

You are blocked from following @oswaldopaya and viewing @oswaldopaya's Tweets.
[more](#)



Fernando Ravsberg
@Ravsberg

You are blocked from following @Ravsberg and viewing @Ravsberg's Tweets. [Learn more](#)



Antonio G. Rodiles
@AGRodiles

You are blocked from following @AGRodiles and view



Zoé Valdés
@zoevaldes

You are blocked from following @zoevaldes and viewing @zoevaldes's Tweets.

GNOSIS, GÉNESIS, GENTRIFICACIÓN, GENITALIA

Otra vez lo ha hecho. Otra vez ha escrito el libro que ningún cubano de-searía escribir.

Tenía que ser él.

¡Apártense, pues, échense ahora a un lado los lectores! ¡Vengan a él las víboras con sus colmillos de patria que ya no le hacen ni cosquillitas!

Amnesia, anestesia.

Anafilaxis.

Maneras de comer tanta mierda con la muerte masiva en clave cubana y con la libidinosidad al límite de esa lengua arcaica: el cubano.

Para colmo, ahora repercutiendo en el *tic-tac-toe* de la incorrección política y entre los fuegos presidenciales del *twitterati* Donald J. Trump.

¡Aleluya! Una dosis mínima de terror literario no es un mal antídoto para empezar. El tiempo apremia: la lucha continúa, el castrismo es cierto.

Así que no debiéramos desaprovechar ni una sola línea escrita de cubano a cubano para nuestra democratiquísima tarea de difundir el terror. De hacerlo popular, potable.

El terror al alcance de todos.

El terror como salvación.

Intentar lo intolerable. Insistir en la intransigencia.

Nuestro pueblo se lo merece después de tantas décadas de decadencia, donde nos dedicamos a desterrar odios y a la tétrica tarea de amasar al amor.

Asco de retórica.

Retruécanos de la retórica. Retóricas de la Revolución.

Hay que invertir los polos, compañeros y compañeras. A ovario abierto y corazón quitado. Hay que provocar por lo menos un cortocircuito. A pepe timbales.

No seamos tan cobardes, cubanitos sin Cuba. Hay que causar una hecatombe: un estadio terminal, un Estado de excepción. Caigan las cabezas que caigan.

Devenir acéfalos.

Fornicar falos, vaciar vaginas.

Seres humanos con vocación venática de ceros humanos.

Tengan fe en el empeoramiento humano, en una vida sin futuro, en la utilidad de la vileza y, por supuesto, crean a ciegas en el ominoso ogro o acaso homagno de Donald J. Trump.

Ja.

Otra vez lo ha hecho. Otra vez ha escrito el libro que ningún cubano debería morir sin escribir.

Pedirte que lo leas del pí al pá sería un sinsentido para contigo mismo. Por eso mismo te lo estoy pidiendo por primera vez: léete, deslíete.

Tenía que ser él: máscara fue, mentira fue. Tú sabes, un Martí de muñequitos en pleno siglo XXI cubano.

Tenía que ser Orlando Luis Pardo Lazo.

BASURA BLANCA

Para un curso del doctorado tengo que leerme *Basura blanca*, el *best-seller* de *The New York Times* que Nancy Isenberg publicó el año pasado.

2016 o 2666. Que igual ya no es el año pasado.

Total. En el exilio, el año pasado es cualquier año. Anteayer, hoy, pasado mañana. Total, ya estamos todos aquí. Así que ahora es cuando es. Ya nunca llegamos, ya nunca vamos a volver.

Como la muerte, es un gran alivio no tener que irse de Cuba por segunda vez.

Basura blanca, best-seller, The New York Times: cuántas cursivas para una primera línea. Cuánta cursilería de clase media. Todo, con tal de intentarlo con todo en contra. Un nuevo viejo libro de Orlando Luis Pardo Lazo que, como el autor, no será sino basura blanca: este libro, objeto volante sí identificado que supura puro supremacismo antes del parto †, en el parto †, y después del parto †.

Privilegios de blanquito con residencia permanente.

Este libelo, esta constitución cubana en los tiempos de Donald J. Trump.

Este manifiesto por mi diferencia. Este diario de la debacle.

Este panfleto post-político de la voluntad impopular.

Esta confesión sin cura. Esta cura de caballos. Esta curita que no sana, sana, culito de rana.

Este ruido, este rugido.

Este testamento. Esta testadurez de mi parte.

Esta reverendísima patada en el mismísimo culo de la patria. Este poemario.

Esta, por fin —y lo logré yo antes que nadie—, gran novela cubana de la no menos grandiosa Revolución Cubana.

Advertencia: si eres cubano, en este punto ya puedes dejar de leer. Tumba esta lectura desde su primera página. Ni te esfuerces más allá de este párrafo. Punto y aparte significa punto y apártate.

Te queda demasiado grande intentarlo. Te queda demasiado grande Orlando Luis Pardo Lazo.

Este es el libro de la victoria. Y tú eres, por cubano, un perdedor.

O al revés. Da igual.

Este es el libro de la derrota. Y tú eres, por castrista, un vencedor.

Así que no habrá coito político conmigo a estas alturas de la historia. No hay manera de penetrarnos tú y yo, en términos de imaginación. Esto es a la cañona. A la burdajá. Nada de acoso: violación.

En efecto, si otro me viola, te violo yo.

Estequiometría para principiantes: dale al que no te dio. Primera, segunda y tercera ley verde oliva de la termodinámica.

El totalitarismo como ecuación. La literatura como suicidio. La lectura como un acto de consumada comemierdá.

En esto estamos ahora. Y es inevitable, irreversible: $\Delta G < 0$.

Espontaneidad explosiva, la energía libre de Gibbs. Las partículas libres de Higgs: el bosón de la barbarie, qué vacilón.

Ya sé que no sabes ni lo de que estoy hablando. Googléalo. Al final eres igualito que yo. Desde el principio eres igualito que yo. Y por eso no te mueves de aquí, camarada. Por eso no te vas a ninguna otra página. Porque somos de la misma camada. Calaña. Uña y carne.

Mira, mejor acostúmbrate antes de empezar: yo te fascino, mi fascismo de facineroso te fascina. Ambos somos demasiada basura blanca para no caernos requetebién.

Te irías a la cama conmigo, lo sé. Pero yo nunca te dejaría dormir ni una noche allí. Entre otras cosas, porque el exilio es el lugar donde los cubanos no tenemos ni camas.

Me dirías, si supieras hablar sin miedo:

—Síngame el alma, amor. Párteme el corazón y muérete. Hazme inmortal y cállate. Mira que ya has hablado mucho más que Fidel.

Y sería verdad.

En una década he escrito hasta por los codos. Por las caries. Lo he dicho todo por ti y por mí, en ese orden. O no tanto.

Ahora es que recién comienzo a decir. Por mí y por ti, en este otro orden. Mejor salte del medio, cubano. Como lector, tú ya no pintas nada de nada aquí.

Ponte a leer el mamotreto de Nancy Isenberg, como hago yo. Una edición fea como carajo. Casi quinientas páginas de fealdad editorial norteamericana.

Para colmo, debo echármelo en menos de una semana, entre otros mamotretos por el estilo. Por el hastío. Feos como carajo también.

El desarrollo es así.

Amorfo. O, mejor, sin forma.

No confundan la peste con el mal olor.

A esta anorgasmia masiva de libros y demás objetos vendibles los norteamericanos la llaman «productividad». Así viven ellos. Así cogen cáncer y se curan. No una, sino varias veces. Así sobreviven a su feliz fachada de fealdad y eficiencia. Así se hacen ricos y votan cada cuatro años. Así se les va la vida, ocupados en sus doctorados.

Combatiendo contra el racismo.

Mártires que cayeron maniatados en la lucha sin cuartel en contra de una omnímoda misoginia.

Mío Cids campeadores. Campeones en contra de la homofobia autótrofa.

Detectores de -ismos y de mil joyitas así, que, según pasan los años, se van graduando, generación tras degeneración, con sus títulos de PhD siempre listos para fosilizar el futuro.

Todos en contra de los Estados Unidos de América, ese campo de concentración (y no exactamente del capital).

Así, también, se les llena este país de inmigrantes con título. Esos son los peores. Como tú. Como yo. Esos somos los peores.

Indios con levita. *Indians in frock coats*, nos llama Ricardo Pau-Llosa en un poema, citando apócrifamente a la divina diva Sarah Bernhart, que antes de la Revolución Cubana ya viajaba a la Isla para regurgitar todo su aburrimiento francófono en una Habana puta y provinciana como ella sola.

Una ciudad recién cubanizada. Pobre Habana.

Un caos sin España, con las tropas de Teddy Roosevelt ya a punto de desembarcar por segunda vez.

No importa ahora quién era, es, o será Ricardo Pau-Llosa. No es nadie. Como tampoco ya importa quién fue la susodicha Sarah Bernhart. Dos Don Nadies de la cubanía a caballo.

Lo importante es leer lo que publicó el *Saint Louis Post-Dispatch* aquel maravilloso jueves 19 de octubre de 1905 en Missouri:

Cubans are Negroes who wear dress clothes.

Puesto en boca, por supuesto, de Sarah Bernhart, la refinada francesita que iba a morir de uremia no mucho después. Porque veinte años no es nada, un parpadeo de luces que a lo lejos van marcando mi retorno. El retorno de un viajero que huye hacia ninguna parte.

Volver a Cuba, con la frente marchita. La mirada, febril.

Tener miedo del encuentro con el pasado que vuelve. Tener miedo de las noches que pobladas de recuerdos encadenan mi soñar.

Sentir que es un soplo la vida. No un poético soplo del corazón, sino un plebeyo soplo renal: morir de uremia, como murió Sarah Bernhart.

Uremia. Literalmente, orine en la sangre.

Cubans are Negroes who wear dress clothes, repiten hasta la saciedad los archivos digitales del *Saint Louis Post-Dispatch*.

Internet es la eternidad.

En cursivas, sin traducción: *los cubanos somos negros con ropita de vestir*.

La amo. Como amo a mis colegas de PhD, esa plaga con estipendio. Es un placer compartir aulas con ellos, oírlos acusar de terroristas a Donald J. Trump y a la NRA.

¿Qué hago yo aquí donde no hay nada grande qué hacer?

Como también amo a Rubén Martínez Villena, con su «pequeñez rastrera de gusano». Y su tuberculosis anacrónica para un país no europeo. Qué ridiculez de cadáver tropical.

Estaba escapado, el poeta comunista cubano. Venía del futuro y al futuro se fue muy rápido.

Bello, joven, moribundo.

Y enamorado de su único amor.

Una muchacha bella, joven, sobreviviente. Asela suya. La damisela encantada que recibía las cartas que este Rubén Darío habanero le enviaba revolucionariamente desde Moscú:

Y te dirán —¿Qué tienes...? Y tú dirás que nada;

Mas te irás a la alcoba para disimular,

Me llorarás a solas, con la cara en la almohada,

¡Y esa noche tu esposo no te podrá besar!

Diez veces mejor que Julián del Casal.

Que a su vez era cien veces mejor que José Martí.

Es decir, mil veces mejor que lo mejor de Buesa, que era un buen poeta, y lo peor de Lezama Lima, que no puso una que sirviera.

Los comunistas cubanos antes de Castro eran una casta iluminada de intelectuales. Los amo, incluso hoy. Los comunistas cubanos fueron la primera víctima mortal de la llegada del comunismo a Cuba, de la mano travestida de Castro.

No aspiro a que me comprendan ustedes. Mucho menos hoy, cuando ya sé que me he quedado sin contemporáneos.

Ahora somos fantasmas. Los aparecidos de los desaparecidos cubanos.

Qué paradoja, qué pánico, qué pudrición. El paraíso, por fin el paraíso.

El legado del castrismo se perdió hace muchas décadas en Cuba. Pero eso no importa. Cuba no importa. Es aquí, en el gran *campus* de concentración que es la academia norteamericana, donde el legado del castrismo no necesita ni resucitar.

Es aquí donde Fidel Castro es un Dios y Dios no ha muerto. Ni morirá. Es inmutable, inmutable.

La democracia únicamente sirve para derrocar a la democracia.

Los libros de la academia primermundista están llenos de mentiras absolutamente exactas. No hay manera de replicarle a uno de estos profesores devenidos profetas del *anti-establishment*. Son Castros 2.0, con más horas-nalgas en las bibliotecas que nadie. Siempre metidos hasta el cuello en esos bunkers de la Verdad.

Todo lo verifican, todo está estrictamente documentado. Son irrefutables. Justicieros de la estadística y la memoria. Han descubierto las leyes históricas de la iluminación atea, que comienzan en las cavernas del hombre primitivo y culminan en los ministerios del Hombre Nuevo en La Habana.

No hay nada que hacer al respecto. La guerra se perdió antes de guerrearla.

Respirar. Mirar hacia el falso techo del exilio cubano.

Respirar. Pensar en la violencia de la virtud.

Respirar. Abrir la frontera de México y cerrar la de Canadá. Los Estados Unidos os pertenecen. La patria os cosmopolita orgullosa.

Respirar. Leyendo espero a los ilegales.

Respirar. Rumiando la basura blanca resumida en un libro por Nancy Isenberg.

No hay que hacer nada al respecto. Por eso le paso muy por arribita a su libraco titulado *White Trash*. De todas formas, ya sé lo que dice de todas maneras. Lo intuyo por el recursivo tufito a Fidel. Basura blanca, blancos de basura.

La izquierda es así.

Predecible y precoz.

Me da sueño. Me da tristeza. Me da soledad.

No es culpa de la prosita levógira de Nancy Isenberg. Para nada. Es mi culpa, por citarla ahora y aquí en lugar de condenarla al closet del capitalismo *Made in The New York Times*.

Lo cierto es que ya todo me da mucho sueño en los Estados Unidos. Narcolepsia apátrida, debe ser el diagnóstico. O tal vez sea solo la muerte, que viene a buscarme en su calesita para llevarme a pasear con ella hasta mi propio Idaho privado. *My Own Private Havana*.

Esa palabra solo la conocen los cubanos de mi generación: *calesita*.

Se me aguan los ojos al pronunciarla en voz alta, rodeado de un exilio que nunca antes ni después la oírá pronunciar: *calesita, calesita, ¿a dónde vas tan bonita?*

Calesita querida.

Calesita querida de mi corazón.

Calesita querida de mi corazón sin patria pero con amo.

Los muñequitos rusos son ahora nuestra única patria putativa. Un país perdido e imperdible. Una utopía tupida en *YouTube*.

Nosotros mismos somos ahora eso, solo eso: muñequitos cubanos, sin patria pero con Castro. Y no porque fuéramos filmados en Cuba, sino porque se nos transmitían en Cuba a diario.

Día a día. Tarde tras tarde.

A las 6 por el canal 6.

Hasta la saciedad.

Dibujos animados. Basuritas blancas de infancia. Bichitos televisados que nos cayeron en la córnea como una brasa. Como un abrazo que ulceró nuestra visión del mundo a perpetuidad. La cubanía es bizquera.

Títeres que nos hemos quedado sin titiritero. Ternura hecha totalitarismo.

Colinas como académicos blancos.

El libro *White Trash* está del carajo para leérselo así como así. Del pí al pá, de arriba a abajo y de un solo palo.

Permítanme repetirlo: es un ladrillo. Un cambolo castrista de la mejor cátedra. Una muralla china a base no de ladrillos, sino de ladridos. Mejor así.

Por lo demás, toda erudición me aterra. Me recuerda de la memoria prodigiosa de Fidel Castro y sus dotes de orador ilustre. Lúcido.

Es mejor ser un analfabeto. Un bruto de mierda. Un proletario de patotilla que votó orgullosamente por el multimillonario Donald J. Trump.

En cualquier caso, como ya debiera de ser obvio para ti, ni en una semana ni en un siglo me hubiera leído a *Basura blanca*, de ser solo por mí. Sería un riesgo: no quiero que Nancy Isenberg me convenza de lo que, total, yo ya sé. Pero igual no pude evitarlo, porque *Basura blanca* es de obligatoria lectura para mi curso y punto final. Hay que leérselo y olé. A otra cosa, mariposa.

Además, no puedo quedar en ridículo ante mis colegas en clase. Me están cazando la pelea para expulsarme de esta universidad. Es decir, de todas las universidades de la Unión.

En el socialismo está la fuerza. Generación Yedai.

Y estos tipos son como una tropita de choque, una avanzada de vanguardia para partirle las patas al ángel de Orlando Luis. Para reventarle las bolas al demonio de Pardo Lazo.

Ya lo han intentado como diez veces conmigo: por misógino, por racista, por homofóbico, por heterosexualista, por eugenésico, por clasista, y por ser un sujeto neocolonial.

Ya lo dijo quien lo dijo (pero, por favor, no sufran con lo que yo gozo):

It is virtually impossible to view one oppression, such as sexism or homophobia, in isolation, because they are all connected: sexism, racism, homophobia, classism, ableism, anti-Semitism, ageism.

Y aquí, otra vez, sin captions ni traducción.

O, mejor, que se lo traduzca a la basura blanca de Sarah Bernhart la propia blanca basura de Suzanne Pharr (no tenía que haberla mencionado, pero, en fin, ya pasó):

Il est pratiquement impossible de considérer une oppression, telle que le sexisme ou l'homophobie, isolément, car elles sont toutes liées: sexisme, racisme, homophobie, classisme, capacitisme, antisémitisme, âgisme.

O, aún mejor, que se lo traduzcan al árabe de las aleyas ayatolas de Alá, que es hoy la lengua franca de la democracia global:

من المستحيل فعليًا رؤية اضطهاد واحد ، مثل التمييز الجنسي
أو رهاب المثلية ، في عزلة ، لأنهم جميعًا متصلين : التمييز
الجنسي ، العنصرية ، رهاب المثلية ، الطبقيّة ، القادرين ، معاداة
السامية ، التنشئة العمرية

Supongo que sea por esto que mi mera presencia provoca tanto odio a mi alrededor. Porque todo lo cito. Porque no acato nada.

Me odian en Missouri igualito que en nuestra Cuba, donde me odiaba desde el Ministro de Cultura en persona, hasta su más sumiso súbdito, que acaso fuera Eduardo Heras León. O Basilia Papastamatíu (yo sabía que tarde o temprano tendría que teclear tu apellido por penúltima vez, yo sabía que la literatura cubana no nos iba a dejar descansar en paz: ahora eres, tú también, una argentina inmortal, una Helena de La Habana).

Lo cierto es que los cubanos no hemos hecho nada con exiliarnos. Seguimos en las mismas. En la misma miasma.

Y no me odian únicamente a mí. No.

Mis colegxs latinxs de izquierdx odian que Castro no me haya asesinado en una cuneta cubana. Odian que la Revolución me haya expatriado sin antes extirparme la lengua. Odian hasta el oxígeno exógeno que estamos forzados a compartir en clase, pulmón a pulmón. Como odian la forma de mi entrepierna entreabierta entre los pupitres del aula.

Me odian porque me temen. Los tengo aterrados. Como conejillos de izquierda.

La derecha se contagia. La izquierda, no.

La izquierda es innata.

Lo mejor es meter la nariz en *White Trash*, y leer y releer como un idiota. Total, tampoco se trata de un libro tan teórico, sino de una especie de anecdotario. El ano de un notario.

Por lo demás, a *White Trash* le sobran por lo menos cien ejemplos para sustentar la tesis única que obsesiona a su autora. Una tesis bastante vieja, por cierto: la idea de que en los Estados Unidos siempre han existido las clases sociales, pero camufladas bajo el retintín reaccionario del consumismo colectivo y el éxito individual.

Ya lo dije. Ya lo resumí.

Ya les eché a perder el final del libro. Así que ya no tienen que leerlo ni releerlo. Mucho menos comprarlo.

Boicot espontáneo. Perdónenme, no fue mi intención. Ya saben: $\Delta G < 0$.

Échenle la culpa a las partículas liberales de Gibbs o a la energía libre de Higgs. Da igual. Hay isotropía narrativa entre Cuba y el exilio cubano. El castrismo se ha convertido en un bosón colosal.

Del castrismo no se sale

por ninguno

de sus cuatro puntos cardinales,

que son tres:

La Habana y Miami.

En realidad, no solo leo *Basura blanca* para sobrevivir a mi clase saturada de latinoamericanxs, sino también para intentar robarme algo útil para meter de contrabando en mi nueva novela. Que es esta nueva novela, aunque tú nunca te enteres, por estar siempre a la espera de personajes, atmósferas, situaciones y anécdotas.

Dramaturgia para *dummies*.

Pero no es fácil ejercer el plagio a costa de Nancy Isenberg. La autora-profesora me atolondra con sus ripios retóricos. Me atora con su vocabulario de razas, géneros, etnias, ghettos, castas, sectas y demás inmigrancias.

Se trata más bien de una basura policromática, no blanca.

En cualquier caso, desde que salí de Cuba estoy en una especie de resistencia radical a la hora de leer en inglés. Y el inglés era una lengua que yo en Cuba adoraba. Pero en el exilio de pronto casi ya la detesto: *el fucking ingless...*

El inglés bajo Castro era nuestro argot para la subversión. La base sintáctica de los mercenarios, como yo, recibiendo dineritos de la USAID, la CIA, *People In Need*, y cualquier otro tipo de conspiración.

En dictadura, la única forma de ser cubano es ser anticubano.

Tal como en el exilio la única forma de exiliarse es no ser un exiliado.

En la Isla, cuando yo era un niño bello y genial, el inglés era una cosa medio clandestina que venía impresa a todo color, importada en silencio, como las páginas sueltas de un periódico contrarrevolucionario o una revista pornográfica. O ambos.

Imposible distinguir entre semejantes adjetivos tan largos: contrarrevolucionario, pornográfico.

Da placer teclearlos y reteclearlos. Entre los dos, suman como 59 consonantes con sus respectivas vocales: el placer de lo contrarrevolucionario, el deber de lo pornográfico.

Ambos me encantan.

Una mujer fingiendo un orgasmo en *PornHub* es la clave secreta de cualquier liberación personal.

Solo que el inglés, esa jerga de élite, ahora me resulta un fastidio hasta para pronunciarlo OK. Demasiadas fonías inexactas. Vocales voluminosas que no nos caben en la boca a los cubanos.

Y mucho más fastidioso me resulta leer tanta mierda mentalizada en ese lenguaje. Tanto blablablá blanco con una sintaxis de escuela primaria, salpicada de consonantes cuádruples, cuádruples, que no existían en Cuba, y encima minado con vocales que suenan cada una como un pastiche de vocales. Panal imposible de paladear.

El inglés es complejidad por gusto. Por el gusto del gusto.

En inglés, por lo demás, los norteamericanos dan la impresión de que todo lo saben. Todo lo comparan. Todo lo cuestionan. Todo lo relativizan. Todo lo catalogan. Mientras yo me cago norteamericanamente en sus madres.

Para colmo de males, los norteamericanos ahora todos insisten en hablar el inglés con acento de país pobre extranjero. Léase, de *shithole country*.

Así les parece patéticamente más políticamente correcta su propia lengua: menos misógina, menos racista, menos homofóbica, menos heterosexista, menos eugenésica, menos clasista, menos dialecto neocolonial.

Menos Orlando Luis Pardo Lazo y menos Donald J. Trump.

Por cierto, los *Tweets Completos* de Donald J. Trump se merecerían un Premio Nobel de Literatura, al menos tanto como se lo merecieron las letradas guajiras de Bob Dylan.

En español, sin embargo, todos los angloparlantes hablan una suerte de jerga cubanx-americanx risible, solamente equiparable a cómo habla *Siri* en el *iPhone*. O cómo traducen en voz alta los robots de *Google Talk*.

Muy cómicos. Están del carajo con la conjugación y el tonito.

Últimamente incluso detesto oír mi propio acento infantilizado en inglés. Su fonía rota. A veces casi sueno como un troglodita de izquierdas.

Me apena, de paso, no poder emocionarme con nada dicho o pronunciado en inglés. Me apena que el mundo entero sea ahora para mí un planeta de robots parlantes que repiten en masa que quieren ir a Cuba antes de que Cuba cambie.

Vayan a Cuba antes de que Cuba cambie y no me resinguen más la existencia, por favor.

Déjense de abuso conmigo, si no quieren que les saque un AR-15 en el aula. Mi consejo es que no se tiren con los cowboys cubanos de la medianoche marxista del alma, ¿ok? Guerra avisada igual mata hasta a los más avispados.

Sigan cada cual con su rutina revolucionaria y no se la jueguen conmigo, si no quieren que les meta una patada en el carro: *Hey, I'm walking here, I'm walking here!*

Ojalá Nancy Isenberg sea una mujer de ultraizquierda.

Up yours, you son-of-a-bitch! Ojalá fuese miembro del Partido Comunista de Cuba, o como quiera que se llame su equivalente aquí. *You don't talk to me that way! Get outta here!* Ni cojas luchas con eso. *Don't worry about that.*

Ojalá que *White Trash* triunfe, por los siglos de los siglos, como una diatriba en contra de la indecencia de ser hoy por hoy norteamericanos aquí. Mejor así. Más ganancias para *The New York Times*. De hecho, cuanto antes se termine esta mierda de la democracia, mucho mejor.

Donald J. Trump llegó con medio siglo o medio milenio de retraso. El rubito de oro no podrá cambiar absolutamente nada. Nuestro Agente Naranja tendrá que reconocer que perdió ante el sigiloso gato de Barack Obama: *Change, we can't.*

Una última cosa antes de empezar: para mí toda lectura es una violación, incluida *White Trash*.

No hay placer sin poseer al otro. Como no hay posesión del otro sin convertirlo antes en un objeto.

Me basta, Su Señoría. Llama al *911* ahora, si así lo deseas. Dale.

Disquen el *911* y déjense de complejos conmigo. Si de todas formas tú, por ejemplo, eres tremendo tronco de delator. Se te ve en la carita. Se te nota el nerviosismo al hojearme.

Además, leer en los Estados Unidos es ahora eso, apenas eso: delatar al autor. Por los canales correspondientes.

Quién me lo iba a decir en Cuba. He emigrado al desierto.

Quién nos lo iba a decir en Cuba. Afuera ya no había nadie cuando llegamos.

Un país sin paisaje. Ni uno solo de los cubanos está esperando ni a uno solo de los cubanos de adentro.

Permítanme presentarme como corresponde, antes de comenzar el resto de los capítulos. Digamos que soy Orlando Luis Pardo Lazo. Y digamos que soy el profesor-coautor de un mamotreto como ballena blanca llamado *White Trash, the 400-Year Untold History of Class in America*.

Este libro será, pues, la historia incontada de nuestros primeros 400 años como desclasados dentro de la Cuba de Castro.

Gracias a la blanquibasuridad de Nancy Isenberg, mi coautora, los cubanos por fin sabremos lo que son las clases sociales: «una estratificación económica creada por la riqueza y los privilegios».

Y defenderemos esa definición de negros con ropitas de vestir al precio que sea necesario.

Amén.

COTORRAS, COARTADAS, CONTRABANDOS

Se incurre en contrabando cuando se intenta introducir o extraer (mediante ocultamiento, engaño, enmascaramiento, soborno u otra forma de evasión) especímenes protegidos en Cuba.

Los especímenes se trasladan en el interior de envases de alimentos y medicamentos (galletas, harina de maíz, confituras, café, té, chocolate, leche en polvo) y también son enmascarados con pinturas, barnices, barro, con apariencia de objetos de artesanía artística (simulando ceniceros, maracas, figuras de animales y juguetes).

Salir y entrar a la cañona de Cuba por supuesto que constituye un crimen.

Cuando se trata de especies vivas, se descubren en el interior de artículos religiosos, envases plásticos perforados, envoltorios hechos de papel metálico, preservativos y cinta adhesiva. Incluso adheridos al cuerpo, bajo la ropa interior, en los zapatos, así como adormecidas en el interior de maletas, tubos, cajas y otros artículos.

Salir y entrar a la cañona de Cuba califica en ocasiones como un acto de creatividad conceptual.

Existe una base legal que ampara la autorización otorgada por el Centro Nacional de Seguridad Biológica para los especímenes que puedan constituir un riesgo. Por suerte, la vigilancia mediante el empleo de las técnicas radiológicas es altamente efectiva.

No hay patria que no sea frontera.

Ni frontera que no sea patriota.

A wall is a wall is a wall.

OLPL ANTES DEL ALBA

Todos los días me despierto y reviso las *webs* de tema cubano. Poco antes del amanecer. A la luz del alma. Celestino antes del alba. Orlando Luis Pardo Lazo rezando para que nunca más salga el sol.

Lo odio, al sol.

Lo odio como realidad de las radiaciones y el calor, entre otros cadalsos cubanos de sudar en clave de socialismo, vivamos donde vivamos.

Pero también lo odio como metáfora. El sol es lo peor de la poesía cubana, siempre tan solar como solariega. Tan solícita, tan sosa. Tan sumisa, tan soez.

No leo nada, por supuesto, de la internet. Ni siquiera los titulares. ¿Para qué? Siempre dicen lo mismo y con las mismas palabras.

Cuba como costumbre. Cuba como carencia de imaginación.

Cuba como una gangrena que no se cura ni avanza. Peor que un cáncer: una cosa estática, estatizada.

Pero sigo pasando y repasando las páginas de internet. Antes del primer rayo de sol, ese enemigo estético.

Las paso y repaso medio sonámbulo todavía, en duermevela decrepita de cubano que durmió fuera de Cuba otra vez.

Así en Cudillero, Asturias, de donde eran mis abuelos paternos, como en Reykjavik, Islandia, la isla sin sol asesino que me robó el corazón. Leer por leer.

Y toda esta energía mala, miserable, metida en mi mente minutos después de despertar. Justo minutos antes del inevitable amanecer.

Lo odio, también. Al amanecer. Y a ustedes, que me leen por leerme ahora.

Leer cubanos es una idiotez. Como escribir en cubano es otra tarea de idiotas. En ambos casos, es mi obsesión. Mi vida, mi verdad. Mi extremo estado de cubanidez terminal.

Pero no leo nada, como ya dije. En realidad, lo que hago es reconocer al vuelo la forma de las palabras, la manera en que el editor las distribuye por todo el espacio inexistente de la *web*.

Espero que coincidan conmigo en esto. Internet no existe.

Ni en Cuba ni en ninguna otra parte.

Dice Konstantin Kavafis que ustedes, los cubanos, todo el tiempo se la pasan diciendo así:

*Iré a otra tierra, a otro mar,
y seguro que una internet mejor hallaré.
En la Isla toda conexión está de por sí condenada,
y muere nuestro corazón
como mueren, a solas, las ideas de la desolación.
Donde navego solo veo
los oscuros píxeles de mi país
y los incontables años que perdimos por gusto allí.*

Pero entonces Konstantin Kavafis nos responde a todos los cubanos así:

*No hallarás otra tierra ni otro mar.
La misma internet irá para siempre contigo.
Volverás a las mismas redes,
y en las mismas páginas web llegará tu vejez.
En tu misma Isla envilecerás.
Pues la internet es siempre la misma y es ninguna.
Otra no busques, no la hay.
Ni para los otros, ni para ti.
La internet que perdiste en Cuba
la has perdido en toda la Tierra.*

Espero que coincidan con él en esto. Aunque, por desgracia, Konstantin Kavafis no existe.

Ni en Cuba, ni en Ítaca. Ni en ninguna otra parte.

La vida no estaba en ninguna parte.

Y entonces, en esa frontera frágil entre la madrugada y la mañana, el exilio se me convierte un poquito en mi casa. Y esa falsa certidumbre me hace un poquito feliz. Así, en diminutivos.

Feliz de corazón, corazón. Feliz de saberme mejor de lo que supuestamente fueron alguna vez los cubanos.

Feliz de ser yo. Único, irrepitible, irreparable.

Un cubano sin Cuba en el corazón. Pero, por suerte, con Cuba todavía clavada, como una lapa más que una daga, en ese órgano tan abusado por la poesía cubana.

Ya lo dijo quien lo dijo: *los poetas cubanos son marionetas del corazón.*

Poetas que paren una poesía *comatosa*, ñoña, *romantipobre*. Y por eso mismo, tan roma. Tan roñosa.

Acabó con esa definición el checo cubano Carlos Alberto Aguilera, autor de un panfletico homónimo titulado *Das Kapital*. Todo autor lleva en su pecho una Bayamesa y un Capital.

La poesía cubana, leída al amanecer en el trópico, como el timo del siglo de Lo Cubano. Y Lo Cubano, fundamental y fundamentalistamente, entendido como una de las formas más formidables del fascismo.

Pero no. Ni eso. Menos que eso.

Porque la poesía cubana no le llega ni a los tobillos al totalitarismo. Nuestros poemitas de patria paupérrima son solo funambulescamente fascistas.

¡Hasta el fascismo en Cuba es una falacia!

Con la falta que nos hubiera hecho un buen poeta fascista.

Pero qué va. Desde hace por lo menos dos siglos, Cuba no pare una poesía que sobreviva sin la cantaleta de Cuba.

De esa tara no se escapó nadie. Ni siquiera yo.

De esa tara no se escapará ni quien ya haya conseguido escaparse.

En esto, el chileno Roberto Bolaño descaradamente mintió. Porque Ernesto Pérez Masón, aquel escritor fascista imaginario que Roberto Bolaño incluyó, como ejemplo de Cuba, en su libro *La literatura cubana nazi en América*, no es más que un autor de mentiritas.

Una ficción. Otra ficción.

Como la internet de tema cubano que reviso y reviso a diario, sin revisarla.

Porque ocurre que, al abrir las dichas páginas *web*, no importa lo que digan los titulares, yo siempre sé muy bien de lo que en realidad se está hablando. Y cómo lo están hablando. Y hasta dónde se atreverán en cada caso los editores, que siempre se derriten de pánico. Por muy disidente o exiliada que se pinte esta o aquella *web*, sus editores son todos muy ciber-cautos.

Los cubanos saben muy bien que con el castrismo no se juega así como así. Por eso cada anticastrista, de algún modo más o menos obscuro, es al final un agente del propio castrismo.

Del totalitarismo no se sale. O no era tan totalitarismo nada.

Así es cómo yo leo y releo los límites de la internet cubana, sus complicidades cobardes. La mediocridad, la miseria, la manipulación, el miedo. Y también, nadie lo olvide, la mentira al por mayor.

Así es cómo nos vamos ganando nosotros, los cubanos, nuestra tajada tan tétrica de una cubanidad sin Castros. Es decir, de una cubanidad con Castros, pero detrás de la fachada.

Nuestra historia se escribe con h de hipocresía.

Detrás del fascismo, la felicidad.

Detrás del flautista en jefe, las ratas.

Y así, de vez en cuando, las ratas esclavas retornan del palenque cosmopolita a su cepo cultural. A su aula-jaula.

Así está, como ejemplo, El Tosco, el magnífico José Luis Cortés de la banda NG La Banda, tocando sus sensiblerías de negro sinfónico en Re Sostenido Mayor, bufando la flauta no por casualidad ante a la piedra magna donde yace el polvazo vudú de nuestro incombustible Comandante en Jefe.

Normalmente me levanto con dolor en los parietales. Un dolor de p que me parte en cuatro los parietales.

Sueño mucho, y sueño mal. Sobre todo un instante antes de despertar.

El exilio es el lugar donde uno amanece exhausto de soñar. En mi caso, el exilio es también el sitio donde uno amanece exhausto de despertarse.

La vida era ayer.

Por cierto, siempre sueño con escenarios cubanos.

Aunque no pasa gran cosa en mis sueños, excepto la tristeza de ver que todo sigue estando exactamente allí. Allá.

Tal como yo lo dejé, en mi barrido barrio de Lawton. Y que, por lo tanto, no ha sido más que una muerte de mentiritas mi vida entera desde que salí de allá. De allí.

Fue el martes 5 de marzo de 2013, día de la supuesta muerte de Hugo Chávez. A las cuatro y cuarenta y cuatro de la tarde: casual, o no tan casualmente, a la hora cumbre de *La vida es silbar*, aquel filme medio futurista de Fernando Pérez.

Un futuro que de pronto ya casi está otra vez aquí, en el año 2020. Mientras chapoteo a cráneo partido en cada amanecer fuera de mi país. O, para no ser tan narcisista como lo soy, mientras chapoteamos a cráneo partido en cada amanecer fuera de nuestro país.

Pronombres posesivos. Obsesivos.

Son las pesadillas que me manda la patria para despertarme, con la puntualidad de un campamento militar.

De pie, patriotas expatriados del patriarca.

De pie, patriotas escapando por el pan.

De la cama, salto entonces para la universidad. Porque al doctorado hay que llegar puntual, puntual, puntual. Porque tenemos el corazón feliz, feliz, feliz. Como en los muñequitos.

A la vuelta de cinco años fuera de Cuba, todavía sueño con la imposibilidad de despertar en mi casa. Aunque sé muy bien que mi casa en Cuba ya no era mi casa. Como mismo sé que fuera de Cuba nunca podré tener otra casa.

Es el precio de despertar libre, la tasa de interés por haberme liberado. Librado. Lo cierto es que amanezco bastante zombi. Perdido, extraviado. Como un haitiano con halitosis que no encuentra el altar ateo de su Habana natal. Un caracol colimado por la locura barroca de un Carpentier medio baboso y medio cabrerainfantilizado.

Intuyo que de este trauma nunca me voy a librar. Ni a liberar.

Amanezco boqueando por aire, asfixiado, como si los Estados Unidos fueran una mala película de la que ni yo, ni tú, ni nadie conseguirá despertar.

Un filme de presupuesto barato, de lo peorcito del ICAIC. Con actores profesionales, como yo, que son el tipo de actor más viciado. Y con un director amateur que supongo deba ser el lector.

Si algo conservo vivo a esta primera hora del día, es la capacidad de reconocer a mis similares. A mí sí que no se me despinta ningún cubano, ni de cerca ni a ninguna distancia.

Ni vivo, ni muerto.

Ni haciéndose el vivo conmigo o, peor, haciéndose el muerto para ver el entierro que le doy.

No se preocupen. A todos les daré un entierro de reyes. Léase, un entierro de basura real.

Basura de raza mala. Basura taína revolucionaria. Basura siboney con un par de seborucos en lugar de sienes.

Hatueyes de la victoria.

Hierro y fuego al invasor.

Para mí, la cubanidad es detectable a muchas leguas de lejanía, a pesar de los miles de kilómetros de cable y del reflejo con lagañas miopes a esta hora de la mañana.

Dije lagañas, no legañas.

A las seis y seis de la mañunga, por ejemplo, hora simétrica hasta lo sensual, voy rebotando de *web* en *web* en el cuarzo poscastrista de mi *smartphone* o en el plástico premoderno de mi laptop.

Qué manera de adjetivar tiene este niño.

Puro vómito de perro rabioso.

Disidencia de qué.

Exilio de qué. Etiqueta #Cuba de qué.

A otros con esos *hashtags* de palo y sus campanitas de marabú.

¡Abajo la sociedad civil! ¡Abajo la democracia!

Abajo Cuba Libre y arriba los libres cubanos.

Sé muy bien quiénes son ustedes. Sé de sobra hasta dónde dan y hasta dónde no dan. Los conozco como si los hubiera parido yo. Hoy.

Recuerden que yo he sido uno más de ustedes, entre ustedes. Nadie lo olvide, a la hora de pasarle por arribita a estas páginas donde predomina el nombre de Donald J. Trump.

Aquí no hay truco. A mí sí que no me van a joder. Mucho menos ahora: a la hora de recoger los bates, y los guantes, poco antes del amanecer.

Aquí estaremos todos desnudos, con el culo al aire, tal como la Cuba de Castro nos desnucó. Nos descojonó hasta la biografía. Como pollos de granja, dando brinquitos a ciegas. Descabezados, con el cuello retorcido de por vida tras la muerte nonagenaria del granjero en jefe Fidel.

No habrá rebelión en la granja.

Estamos hace ratón y queso en tiempo de descuento.

De aquí nadie va a salir vivo. El totalitarismo no tiene *tie-break* ni *exit* de emergencia. Así que esto es candela al jarro, hasta que suelte esa costra de castrismo que tiene amelcochada en el fondo. En el culo de la botella.

De la botija. De la baratija.

Por el momento, me basta con despertarme a diario. Con darme cuenta de que, al menos por un rato más, estaremos vivos.

Nos basta con ponernos entonces, como un gesto de gratitud ante Dios o el Estado o ambos, a perder el tiempo con la paginería *web* de tema cubano: clics cuyo único despropósito es no leer ni dejar a nadie leer.

Clics para hacer bulla, para hacer bulto.

Se trata de un estar sin ser en la internet cubaniche. De un estar *online* por el placer de estar *online*. Y de un estar actualizados por el vicio o la vagancia de estarlo.

Clicquear sobre los incansables Cancios que crecen como la yerba mala, criaturas que son caldo de cultivo para el castrismo a lo largo y ancho de los cuatro puntos cardenales, que son tres: La Habana y Miami.

Clicquear sobre los moralistas Morales con sus hijitos caídos desde del oriente cubano en un puestecito de alcurnia en la televisión Made in Miami.

Clicquear sobre la lluvia de Yusnabys que Martí nos prometió y Fidel nos la cumplió, en una generación Y de agentes de influencia cuyas consecuencias antropológicas tardaremos siglos en elucidar.

Despertar en Saint Louis, Missouri, con el mismo olor a bruma de Pinar del Río, mogotes bajo las nubes hechas de espuma y polen. Olor a leña, a leche de vaca recién parida. A mujer en celo, en semen.

Olor a Orlando, a letra mojada por el rocío tibio y grumoso sobre las teclas de mi laptop.

La luz de la provincia cubana se traga el tiempo y deforma el espacio, se come el sonido y lo regurgita, destiñe los colores, hasta derretir la forma de todas las cosas.

El mapa de Cuba todo chorreado de niebla, de San Antonio a Maisí. Parece un caimán corroído.

Nada que ver con la luz que se dispersa, por ejemplo, en los valles y ríos de la siempre civil Matanzas. Nada que ver con la luminiscencia enceguedora de Camagüey.

Sol horizontal, tibio todavía a esta hora sin hora. Albúmina a ras del alba. Horizonte prometedor. Serán ya las siete o las siete y algo de la madrugada, no más.

Despertar con aquel salitre del sur fangoso en los labios. Despertar amándote en aquellas recónditas ciénagas, entre cocodrilos cubanos al borde la extinción y manatíes confundidos con sirenas lactando. Templar entonces al compás de los mangles y en la clave cumbaquínquincún del prehistórico manjuarí. Despertar poniendo cuños sobre un buró: hasta eso le envidio a Cuba, a los cubanos con Cuba.

Despertar extrañando aquellos despertares en una posada pobre, con una tipa cualquiera encuera sobre la cama, portadora de virus nobles como una medalla de honor. Miles y miles de mujeres cuyos nombres benditos siempre estoy a punto de confundir. Porque todas en Cuba se vestían con el mismo y único nombre maldito del amor.

No toda Cuba amanece a la misma hora, no sé si recordarán ese detalle. En cualquier caso, no se crean el despotismo geográfico de un solo huso horario para toda la Isla. Podremos vivir en la misma hora, sí, pero en cada esquina de Cuba amanece un poquito antes o un poquito después.

Nuestro país era eso: una multiplicidad de vidas. Una sincronía emocional que, durante décadas, fue mucho más importante para los cubanos que los destinos cuánticos del cosmos.

En el exilio, sin embargo, amanece siempre a deshora. Casi al azar. Y eso es para mí el horror: no poder diferenciar ni siquiera la hora. Ni la fecha. No sentir si los colores que despuntan el día son los de un lunes obvio o los de un miércoles medio enjuevestido de fin de semana.

En el exilio, la vida privada de los cubanos se reduce a la espera de un velorio que otros cubanos tendrán que pagar por ti, acaso tras la consabida colecta digital.

El exilio es donde los cubanos cadáveres sí podemos decir de verdad: *ay, mi amor, no somos nada*.

El exilio es la patria perversa del pegamento. Nos une ese vaciamiento, esa barbaridad. Lo bruto, lo brutal.

En el exilio, si algo nos salva es la cruelísima comunión de no tener ya nada en común entre los cubanos.

ÍNDICE

El libro de los Doce	9
Gnosis, génesis, gentrificación, genitalia	14
Basura blanca	16
Cotorras, coartadas, contrabandos	27
OLPL antes del alba	28
<i>Dear Mr. Pardo Lazo:</i>	35
<i>Title IX, #MeToo</i>	36
<i>Miami Beach Notice</i>	43
<i>Make Greatness American Again</i>	44
Te espero en la eternidad	53
25 de Noviembre, Día F	54
Wendy, Ena, Zoé y otras chicas del montón	58
Lawton	60
A la batalla	63
De madrugada	64
<i>The Golden Age</i>	69
Buesa y la tos de los desconocidos	70
<i>Dear Melania:</i>	77
Fidelitos, EPD	79
El libro de los inicios inicuos	85
Primeros sueños	87
Mariconzones y bien	94
Isauro, la 1, y el supremacismo blanco	95
De revolutionibus orbium coelestium	100
<i>Blessing DeVos</i>	101
Eliminada la palabra «comunismo» de la Constitución	105
Chinitos descaraitos	106
Edmundo García <i>in memoriam</i>	112
Yulieski, racista	113

Jorge de Armas <i>in memoriam</i>	116
<i>Tinder</i> , ternura, terror	117
Sin peros en la lengua	127
La casa de los gordos	128
De Ángel a Angelina, un solo Castro	134
Funeraria <i>Facebook</i>	136
Leonardo Padura <i>dixit</i>	140
Amar a Mónica, odiar a Obama	141
8,737,540,000	144
Una Allende y un Lage en Saint Louis	145
Onomástico	157
Separó los tules del totalitarismo	158
Congresista en Jefe	167
De cuando Pedro me negó tres Sevcecs	168
Índice, del medio, anular	172
Cuándo Coño Comeremos Pollo	174
Nuestros anos verde olivo	178
«Joven, usted no ha cometido errores»	179
Foto de familia	189
Basura negra	191
James <i>F-word</i> Joyce	197
Clarias y capitalismo	198
Acitílopoib, aispoib, cipoib	205
Toqui cuando todos estén tristes	206
Todos los pocos de patria	214
Lunes, lunes	216
TT	220
El asilo de Dolores	222
Ché, Monseñor, Amigo	231
Cartas al pie del castrismo	232
Decretos, duelos, derechos	239
Lo cubano en la cubanía	240
Toda la noche oyeron pasar pájaros	250
Para leer al pato Lemebel	251
<i>Heil</i> , Orwell	260
A los mártires del Cepero Bonilla	261
¿La verdad os hará qué?	266
Batista, amigo, el pueblo está contigo	267
Cardenal y Ortega cultivo	274

A lo Vargas Vila	275
White Trash	283
A falta de culo, Segunda Enmienda	284
Adiós a Cuba	292
Lecuona en su Valhalla	295
Uber Cuba	300
Me dice diciembre	302
<i>D. Trump Will Set You Free</i>	309
Recordar <i>Titanium</i>	311
Días de diálogos	315
Mierda en Venecia	316
Diálogos de agentes	321
Nada de Frank: ¡Fernando!	322
Pluriparticastro	326
Genitalia, gentrificación, génesis, gnosis	327
<i>National Revolution Association</i>	329

